

In Memoriam Tomás Lorente

Nos ha dejado Tomás Lorente. Nos ha dejado un hombre bueno.

Conocí a Tomás hace casi medio siglo, nada menos, en el examen de Ingreso en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, cuando aún no era Facultad. Fuimos compañeros de curso, y desde el principio hubo entre ambos una empatía que nos convirtió en amigos entrañables. Él era algo mayor que yo, y tenía un bagaje vivencial, de experiencias de vida, que le rodeaban de esa aureola casi venerable de hombre curtido. Estudió Magisterio mientras hacía Bellas Artes, compaginando las carreras, y estos estudios le introdujeron en la pedagogía del Arte como una verdadera vocación, casi paralela a su actividad de pintor, que no abandonó nunca, y de la que hay buena memoria en las múltiples exposiciones que celebró de su obra, personalísima, sarcástica, magistral. Poca gente sabe que en su juventud trabajó como droguero en la tienda que regentaba su padre en San Martín de Valdeiglesias. Hago hincapié en ello, porque aquella experiencia le nutrió de conocimientos sobre materiales de pintura, que adaptó con sabiduría a los estudios artísticos y le convirtieron en un verdadero experto en procedimientos pictóricos. Yo creo que todos le pedíamos consejo a la hora de imprimir un lienzo, conseguir el tono de un pigmento determinado, o calibrar la mezcla justa de cera virgen con trementina para pintar a la encáustica. De hecho, su tesis doctoral la realizó sobre pigmentos sacados directamente de la tierra. Recorrió, prácticamente a pie las tierras de Guadalajara alrededor del pueblo de su madre, recogiendo tierras que luego convirtió en finos pigmentos, haciendo una valoración genérica del color que rodeaba y personalizaba los parajes que visitaba. Esa era una de sus dotes, y no la menor: La experimentación. Tomás era un hombre empírico, mucho más dado a ensayar las cosas en la práctica que a conformarse sólo con la información erudita de los libros, por muy contrastada que estuviera.

Volvimos a coincidir en Magisterio, en la antigua Escuela Normal de Islas Filipinas (Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de EGB “María Díaz Jiménez”). Por entonces aún no existían los Departamentos, y los profesores se adscribían a las diferentes Cátedras, de modo que todo lo que hoy es expresión plástica o artística, en aquel tiempo formaba parte de la cátedra de Dibujo (con un pequeño apéndice: Pretecnología o Manualizaciones, que ambos, Tomás y yo, bajo la batuta de doña María de los Ángeles González Mena, estuvimos impartiendo algunos años). No obstante enseguida empezaron a formarse las áreas de conocimiento y los distintos departamentos universitarios, de modo que Dibujo se convirtió en Expresión Plástica, y junto con la cátedra de Pedagogía del Dibujo de Bellas Artes, se formó el “Departamento de Didáctica de la Expresión Plástica”, con sede en BBAA. Quienes estábamos en Magisterio, con la unión también de la Escuela de “Pablo Montesino”, nos convertimos en “Sección” departamental, cuyo primer director fue don Sergio García-Bermejo Pizarro. Con los años, tuvimos como directores a don Guillermo García Lledó, don Miguel Ruiz Massip, y a Tomás, que sin duda se distinguió por su buen talante, su comprensión de los problemas, y también su interés por dar la misma entidad e importancia a las distintas asignaturas optativas que ofertaba la Sección. Tomás llegó a ser, también, durante algún tiempo, director del departamento en su conjunto, no sólo de la Sección, lo que abunda en su capacidad de consenso entre todo el profesorado, y la confianza que su sola presencia infundía entre quienes formábamos parte de la entidad.

Amigo de sus amigos, y también de quienes le conocieron sólo a nivel académico en el ámbito universitario, su recuerdo nos deja la entrañable convicción de que existe la hombría de bien. Para mí (y él lo sabía) fue siempre mi hermano mayor, un hermano mayor sabio e irónico, cercano en la amistad y lejano en el falso halago, la retórica y la parafernalia. Un Séneca, un estoico que nunca le negó a nadie una buena palabra, y que supo disfrazar de ironía los escasos momentos en los que hubiera soltado un exabrupto merecido a algún figurón de los que abundan en el mundo artístico, tan empachado de “egos”, pero que siempre tuvo un exquisito trato con los alumnos, que le buscaban para que les diera un buen consejo para perfeccionar un trabajo. Un hermano mayor que me enseñó casi todo lo que sé de la vida, y mucho de lo que le debo al Arte. Un buen hombre que también llevaba a su familia muy dentro del corazón. Estuve en su boda, cuando se casó con su compañera de vida, Araceli, feliz y enamorado, como lo estaba ella, como lo estuvieron siempre, en lo bueno y en lo malo, y llevaba muy dentro de sí el orgullo y el cariño por su hijo Tomás, al que quería con el alma, aunque lo demostrara pocas veces por ese laconismo que le caracterizaba, ese estoicismo que le impedía transparentar los sentimientos más profundos. Cariño al hijo, un amor, una adoración de la que sólo supimos los íntimos, porque Tomás era muy poco dado a hacer públicos sus sentimientos más profundos, como si el hecho de proclamarlos le restara credibilidad o le hiciera parecer vulnerable. Pero yo, que le conocía bien, supe siempre que su hijo era su verdadera debilidad.

Se nos ha ido Tomás sin que nos pudiéramos despedir. El destino nos ha negado el último abrazo. Se lo ha llevado una muerte fulminante que parecía estar agazapada en una vuelta del camino para llevárselo sin aviso. Ojalá que desde donde esté, sepa que seguimos queriéndole.

Román Morajudo Manzanet
Exdirector de la Sección departamental de Didáctica
de la Expresión Plástica de la UCM